

O si calla, cree el alma  
Oir murmullo lejano,  
Como si allá el Oceano  
Durmiendo estuviese en calma.—

Joven extraño acudía  
Al templo a mañana y tarde;  
Frente a la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza  
A exclusivo pensamiento,  
En la pared del convento  
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente  
Los cánticos repetidos;  
Mas si llega a sus oídos  
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,  
Y al mismo tiempo argentina,  
Que el ancho espacio domina  
De la mansión religiosa,

Su corazón se estremece,  
La vista al coro levanta,  
Y su turbación es tanta,  
Que anonadarle parece.

En vano ver imagina  
A quien alzó tal acento;  
Sólo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,  
Cuando aquella voz sonaba,  
Imagen que reposaba  
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo  
Que está su pecho acosando,  
Porque lloroso, elevando  
Ojos y manos al cielo,

Dice: «¿Hasta cuándo, Señor,  
Viviendo en continua guerra,  
Tan sólo tendré en la tierra  
Por patrimonio el dolor?»

«Amaba a mujer perjura:  
Mi corazón díle fiel,  
Y cáliz derrama en él  
De inagotable amargura.

«Salí de su red traidora  
Y en vano a olvidar la aspiro:  
Doquiera, Señor, la miro,  
Y el alma siempre la adora.

«Me acojo al estudio, y siento  
Que invisible me acompaña:  
En sueños mi rostro baña  
Con su perfumado aliento.

«En el placer no la olvido,  
Y ante tus mismos altares,  
Por despertar mis pesares  
Llega su voz a mi oído.»

Dice, y escuchando atento  
La musical armonía,  
De la voz que le extasía  
Torna a oír el grato acento.

Su frente altiva palpando  
Que abrasa la calentura,  
Con espanto se asegura  
De que no estaba soñando:

Y exclama con voz tan vana  
Que en sus mismos labios muere:  
«La voz que mi oído hiere,  
Es la voz de mi Diana.»

Y concurriendo seguía  
Al templo a mañana y tarde:  
Frente a la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía.

Mas cuando ver se imagina  
A quien alzó tal acento,  
Sólo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En vano en la noche obscura,  
Cuando el ruido se apacigua,  
Ronda la calle contigua  
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez  
Que le sorprendió la luna,  
Apareciendo oportuna  
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba  
La pared, a ver acierta  
Que negro bulto a una abierta  
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,  
Porque, aunque inmóvil cual roca,  
Luego, al ajustar su toca,  
Linda mano dejó ver.

Corrió al pie de la ventana,  
Palpitando de alegría  
Su corazón, y decía  
Muy quedo: «¡Diana, Diana!»

Pero inmóvil queda el bulto,  
Aunque la sigue llamando;  
E inmóvil queda esperando  
Carlos, en la sombra oculto.

.....  
.....

Carlos dice, y se retira.  
Cuando alejarse le ve  
Diana, de un Cristo al pie  
Arrodíllase, suspira:

«Culpable me considera  
(Con voz conmovida exclama)  
Y a pesar de ello me ama  
Y en ser mío persevera;

Mas yo sería infelice  
Después de lo que ha pasado  
Yendo a vivir a su lado;  
Mi corazón me lo dice.

No quiero a mi cuello echar  
Lazo que me es oprobioso;  
Tú, Señor, serás mi esposo,  
Y mi refugio el altar!»

## VII

Tercer fragmento del álbum de Diana.

¿Qué se hizo el claro cielo  
Que cruzar te prometías,  
Ave canora? De nubes  
Le cubre la estación misma  
Que arranca al árbol sus hojas  
Y a ti las plumas te quita.  
¿Qué se hicieron los palacios  
Que forjaste, oh fantasía;  
Los ángeles que velaban  
Mi casto sueño de niña;  
Los deseos y esperanzas  
De mis halagüeños días;  
El amor de un hombre amado;  
Las dulcísimas caricias  
Que prodigóme en su seno  
A porfía mi familia?  
Formaron el primer acto  
De este drama de la vida:  
El drama sigue, y ya es  
La decoración distinta!  
¡Oh! tú no has venido, Carlos,  
Cual yo esperaba sencilla,  
A decirme que conoces,

Aunque tarde, la injusticia  
 De tu proceder: que al cabo  
 Pura mi conducta brilla  
 A tus ojos; sólo has dicho  
 Que culpable me creías  
 Y a pesar tuyo me amabas.—  
 Sofoca esa llama activa  
 Que arde en tu pecho, que el ídolo  
 Ante cuyo altar lucía,  
 Para no verla, irritado  
 Vuelve a otra parte la vista.

¡Dios mío! Sólo adorándote  
 Nuestro dolor se mitiga:  
 Viertes en el alma el bálsamo  
 De resignación tranquila:  
 Haces que, viendo en la tierra  
 Sus esperanzas fallidas,  
 Tus criaturas al cielo  
 Alcen llorosas la vista.  
 Dame, Señor, que en el claustro  
 Consiga acabar mis días,  
 Cual fatigado marino  
 Que del naufragio se libra,  
 Y te da gracias y al mar  
 No vuelve a echar su barquilla.  
 Dame que el viento del mundo  
 No torne a ensayar sus iras  
 Contra el alma atribulada  
 Que en tus altares se abriga.

Hasta la hierba que nace  
 De imperceptible semilla  
 Conducida por el viento  
 A las paredes antiguas  
 Del claustro, en ellas refugio  
 Encuentra: el ave que arriba  
 Cuando la noche se acerca  
 Y el bosque patrio no mira,  
 Posada en la negra torre  
 Espera el próximo día.  
 ¿Y yo, Señor, que soy hecha  
 A imagen tuya, tu hija,  
 En vano hacia ti mis ruegos,  
 Mi corazón alzaría?

## VIII

Carta de Diana a Carlos.—La profesión.—Carlos y Fernando asisten  
 a la ceremonia.—Una flor muerta.

«Ofrecí contestarte. Cuando leas  
 Estos renglones que trazó mi mano  
 Por la postrera vez, del mundo vano  
 Para siempre alejadá ya estaré:  
 He resuelto acabar aquí mis días  
 Bajo el amparo de mi Dios.... ¡perdona!  
 Quiero ceñir la virginal corona,  
 Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda  
 Consagrada al Señor en sus altares.  
 No, agobiado de inútiles pesares,  
 Vayas esta mansión a maldecir.  
 Es puerto en que refúgiase la nave  
 Combatida del viento y de las olas;  
 Es palma en el desierto, donde a solas  
 Viene el herido pájaro a morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo  
 De que yo con tu amor estaba ufana;  
 De que los días de mi edad temprana  
 A idolatrarte sólo consagré:  
 De que, al verte marchar, triste, engañado,  
 De asombro y de dolor morir creía,  
 Porque jamás con la conducta mía  
 La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? ¿De un golpe mismo  
 Quién logró traspasar dos corazones?  
 Lejos de mí, recuerdos!... Ilusiones,  
 No a despertar volváis!... Todo acabó!  
 No pretendo a tus ojos sincerarme:  
 Conoces mi carácter: no es orgullo:  
 Toda pasión apaga su murmullo  
 En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?  
 Al sitio ve donde dichoso fuiste,  
 Y allí consueta a mi familia triste

Que mi ausencia no cesa de llorar:  
 Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo  
 Guarda del corazón en lo profundo.  
 ¡No volveré a mirarte acá en el mundo!  
 Carlos, adiós. Me llaman al altar.»

D.\*\*\*

No bien cerró esta carta y se la entrega  
 Al mensajero, Diana se levanta,  
 Que hacia el altar a conducirla llega  
 La abadesa que al coro se adelanta.  
 Ella vacila; a caminar se niega  
 Por un momento trémula su planta;  
 Mas, viendo en la pared el Crucifijo,  
 «Vamos, señora,» a la abadesa dijo.

Caminan por el claustro solitario  
 Mirando su vastísima arquería,  
 Que hiera a la sazón el brillo vario  
 De escasa luz en nebuloso día.  
 Al ver Diana el sitio funerario  
 Que asilo guarda a su ceniza fría,  
 Piensa que, así que consagrada quede,  
 Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo augusto: dos hileras  
 Las hermanas solícitas formaron;  
 Silenciosas, inmóviles, severas,

Los votos de la virgen escucharon:  
Al pronunciarlos ella, las vidrieras  
De las altas ventanas resonaron  
Estremecidas por airado viento:  
El coro eleva melodioso acento.

«Paloma mía, ven: querida esposa,  
Serás por el Esposo coronada,»  
Exclaman a una voz, y a la espaciosa  
Bóveda asciende la canción sagrada.  
Muchedumbre de gente silenciosa  
La ceremonia ve; pero turbada  
Es por oculta causa en este instante,  
Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empañada  
Ola que avanza rauda, turbulenta,  
Arrebatando con pujanza extraña  
Cuanto a su curso resistir intenta;  
Viene hacia la ribera, el muelle baña,  
Copos de espuma en derredor avienta,  
Y su furor temible solo acota  
Cuando en el pardo muro queda rota;

Presa de momentáneo desvarío,  
Joven que allí aparece demudado,  
Sin miramiento empuja: entre el gentío,  
Del templo a la mitad penetra osado:  
Contra un altar reclinase sombrío,  
Pues proseguir su marcha no le es dado:

El canto oyó que al firmamento sube:  
Ante sus ojos se extendió una nube.

Al través della contempló, vestida  
Con el ropaje emblema de inocencia,  
La sien de frescas rosas circuida,  
Modesta joven de gentil presencia.  
Era aquella Diana tan querida  
A quien llamaba luz de su existencia  
Cuándo su casto amor lograba ufano,  
Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente gloriosa  
Que hecha no fué para inclinarse al suelo,  
El mismo cutis de azucena y rosa,  
Los mismos ojos de color de cielo;  
Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa  
No asoma ya bajo el virgíneo velo....  
Fijando más la vista en Diana, advierte  
Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;  
Que, la sagrada imagen acercando  
Al corazón, por do se hallaba él fijo  
Contra su voluntad, iba pasando.  
Con alterada voz oyó que dijo:  
«Dios mío, calma su dolor:» y cuando  
Su vista, nuevamente oscurecida,  
Despejóse, a Diana vió tendida.